

mas castellanos en icpalli, mandados traer al intento: el altivo monarca no recibía de esta manera ni á los príncipes sus colegas en la triple alianza.

“Sería el gran Montezuma, de edad de hasta cuarenta años, y de buena estatura y bien proporcionado, é cenceño é pocas carnes, é la color no muy moreno, sino propia color y matiz de indio, y traía los cabellos no muy largos, sino cuanto le cubrían las orejas, é pocas barbas, prietas é bien puestas é ralas, y el rostro algo largo y alegre, é los ojos de buena manera, é mostraba en su persona, en el mirar por un cabo amor, é cuando era menester gravedad, “Era muy pulido y limpio, bañábase cada dia una vez á la tarde.”

(1) Segun otra noticia: “Era Moteczuma hombre mediano, de pocas carnes, de color muy bazo, como loro, segun son todos los indios: traía cabello largo: tenía hasta seis pelillos de barba, negros, largos de un gemo, era bien acondicionado, aunque justiciero, afable, bien hablado, gracioso; pero cuerdo y grave, y que se hacía temer y acatar.” (2)

Colocados los visitantes en sus lugares, entablóse la conversacion por medio de los intérpretes. Como era costumbre, despues de ponderar Cortés el poderío del rey de Castilla, siguió sobre el tema religioso, declarando los misterios de la fé cristiana y la historia sagrada desde el primer hombre, terminando con decir la inutilidad de los ídolos, su falsedad, y lo indispensable de abandonar tan odioso culto. Parece que la exhortacion fué difusa, y no sabemos la fidelidad con la cual fué transmitida; mas al acabar, volviéndose D. Hernando á sus compañeros, dijo: “Con esto cumplimos, por ser el primer toque.” Contestó Motecuhzoma, no le hablasen de sus dioses, los cuales eran buenos, lo mismo que serían los de los blancos; repitió lo del dia anterior, acerca de las personas esperadas por el Oriente; volvió á insistir en ser él hombre mortal y no dios, disculpándose tambien de lo malo contra él dicho por sus enemigos. Al terminar la plática, el monarca repartió entre los capitanes hasta por valor de mil pesos de oro en joyas, y diez cargas de ropa fina, dando á cada soldado dos collares de oro y dos cargas de mantas. Siendo la hora de medio dia, Cortés se despidió, diciendo: “El señor Montezuma siempre tiene por costumbre de echarnos un car-

(1) Bernal Díaz, cap. XCI.

(2) Gomara, Crón, cap. LXVII.

#### CAPITULO IV.

#### MOTECUHZOMA XOCOYOTZIN.—CACAMA.

*Visita de Cortés á Motecuhzoma.—Fisonomia del emperador azteca.—Visita al tianquiztli y teocalli de Tlatelolco.—Oratorio.—Descubrimiento del tesoro de Axayacatl.—Proyecto de apoderarse de Motecuhzoma.—Muerte de Juan de Escalante.—Prision de Motecuhzoma.—Cuauhpopoca, su hijo y quince nobles quemados vivos.—Gonzalo de Sandoval en la Villa Rica.—Muerte del príncipe acolhuatl Nezahualquintzin.—Cacama huye á Texcoco.*

El día 15 de octubre de 1519. Tornamos á nuestra antigua relacion. Al dia siguiente, miércoles 9 de Noviembre, previa la correspondiente venia, Cortés fué á pagar la visita á Motecuhzoma; al efecto, se dirigió al palacio real, acompañado de los capitanes Pedro de Alvarado, Juan Velázquez de Leon, Diego de Ordaz y Gonzalo de Saldoval, más, de cinco soldados, entre los cuales iba Bernal Díaz. Llegados á la sala de audiencia, el monarca azteca, acompañado de sus deudos más próximos, los salió á recibir hasta la mitad de la sala, hizoles el acatamiento cortesano, y llevado Cortés por la mano le sentaron en el estrado á la derecha del rey; dandnoasieto á los de-

“go sobre otro, en hacernos cada dia mercedes; ya es hora que V. M. coma.” y el Montezuma dijo, que antes por haberle ido á visitar le hicimos merced; é así, nos despedimos con grandes cortesias dél y nos fuimos á nuestros aposentos, é ibamos platicando de la buena manera é crianza que en todo tenía, é que nosotros en todo le tuviésemos mucho acato, é con las gorras de armas colchadas quitadas cuando delante del pasásemos: é así lo hacíamos. (1) Motecuhzoma se mostró constantemente dadivoso y espléndido, llamando por esto la atencion de los conquistadores, así como por el lujo de su vida, el esplendor de sus palacios y la hermosura de la ciudad. (2)

Cortés, aunque retirado en su alojamiento, procuraba informarse de lo relativo á la ciudad, á fin de darse cuenta de su propia situacion; no le faltaban noticias alarmantes, traídas por los aliados, acerca de ciertas intenciones pérfidas abrigadas por el emperador azteca y por los nobles. A fin de examinar las cosas por sus propios ojos, á los cuatro dias de estar en México, pidió licencia á Motecuhzoma para visitar la gran plaza del mercado y el teocalli principal, solicitándola por medio de los farautes Marina y Aguilar, y Orteguilla, pajecillo del general, quien se estaba haciendo práctico en la lengua nahoa. Otorgado el permiso, Motecuhzoma se dirigió por su lado al teocalli, llevado en andas por sus nobles, adelantándose sin duda para precaver algun atentado contra los númenes, mas envió algunos señores para conducir á los blancos. A caballo D. Hernando, con todos sus jinetes y la mayor parte de los peones, dejó el alojamiento, dirigiéndose por las calles de comunicacion hacia Tlatelolco. Como sabemos, el gran mercado de la ciudad estaba entonces colocado en aquel barrio, y su vista puso asombro en los castellanos, así por sus grandes dimensiones, como por la calidad y cantidad de las mercancías, é inmenso número de los traficantes. (3) Considerada la plaza, que segun algunos de los circunstantes no habían visto otra mayor, más poblada, ni en concierto en Constantinopla, Roma, ni otra ciudad de Italia, se dirijieron al inmediato

(1) Bernal Díaz, cap. XC.

(2) Consúltese para estos diversos puntos, Bernal Díaz, cap. XCI.—Cortés Cartas de Relac. págs. 101 y sig.—Gomara, Crón. cap. LXVII al LXXXII.—Herrera, dec II, lib. VII, cap. VII al XVIII.

(3) Bernal Díaz, cap. XCII.—Cortés, Cartas de Relac. pág. 102.

teocalli. Construido en los tiempos de la monarquía tlatelolcatl, para rivalizar con el de México, á la sazón estaba reparado, siendo el más suntuoso y grande del calpulli. Antes de comenzar la subida de la grande escalera, vinieron seis papas y dos principales mandados por Motecuhzoma, para tomar de los brazos al general y sustentarle para que no se cansase; éste no admitió el apoyo, subió resueltamente seguido de los soldados, y cuando estuvieron en la plataforma superior de la pirámide, salió el monarca de una de las capillas acompañado de dos papas, fué á encontrarlos, les saludó cortesmente, y dirigiéndose á D. Hernando le dijo: “Causado estarás, señor Malinche, de subir á éste nuestro gran templo?” á lo cual respondió el genéral enfáticamente: “Ni yo ni mis compañeros, nos cansamos en cosa ninguna.” (1)

Desde aquella altura pudieron contemplar el grandioso panorama del Valle enteró. A sus piés el hervidero humano del tianquiztli, la isla con la ciudad, sus calles, edificios, teocalli, canales y cañoas, las calzadas con sus puentes prolongadas hasta la tierra firme, los lagos en cuyas aguas se alzaban algunas ciudades, ofreciendo las lejanas orillas multitud de poblaciones, encuadrando el conjunto el cinturón de montañas azules en los términos del horizonte. Cortés debió estasiarse ante aquel bello espectáculo, si bien de improviso debieron asaltarle tétricos pensamientos. Metido en ciudad tan populosa, con pequeño ejército para combatir naciones poderosas, lejos de todo auxilio, bastaría romper las puentes de las calzadas, quitar la comunicacion entre las calles, privarle de víveres, para quedar completamente destruido ó correr fuertes peligros antes de poder escapar.

Cuando terminaron la contemplacion de los sitios que á la vista tenían, dijo Cortés á Fr. Bartolomé de Olmedo, sería bueno hablar al Motecuhzoma, rogándole les dejase hacer alh su iglesia, á lo cual contestó el religioso, parecerle muy bueno, mas por entonces no era oportuno, pues no había traza en el monarca, quisiera concederlo. Volviéndose D. Hernando á Motecuhzoma, le dijo por los intérpretes: “Muy gran señor es V. M., y de mucho más es merecedor: hemos holgado de ver vuestras ciudades. Lo que os pido por merced es, que pues estamos aquí en este vuestro templo, que nos mos-

(1) Bernal Díaz, cap. XCII.—Herrera, dec II, lib. VII, cap. VII al XVIII.

"treis vuestros dioses y tetles." Antes de responder, pidió licencia el monarca para hablar con los papas principales; hizo así, volviendo á breve rato para dejar libre entrada á los castellanos en las capillas. En el santuario se veían dos bultos ocultos, uno de Huitzilopochtli, el otro de Tezcatlipoca, ostentando ambos sus atributos simbólicos, y cubiertos de oro y piedras preciosas; los númenes, altares, suelo y paredes, estaban renegridos con las costras de la sangre, arrojando todo repugnante y nauseabundo hedor; á través del humo del copalli desprendido de los brasérrillos y perfumadores, se distinguían los corazones sangrientos de un reciente sacrificio. De semejante vista quedaron disgustados con razón los castellanos. Cortés, como medio riendo, dijo por Marina: "Señor Montezuma, no sé yo cómo un tan gran señor é sabio varón como V. M. es, no ha ya coligido en su pensamiento, como no son estos vuestros ídolos dioses, sino cosas malas, que se llaman diablos. Y para qué V. M. lo conozca y todos sus papas lo vean claro, hacedme una merced, que hayais por bien que en lo alto de esta torre pongamos una cruz, y en una parte de estos adoratorios, donde están vuestro Huichilobos y Tezcatepuca, haremos un apartado donde pongamos una imagen de Nuestra Señora (la cual imagen ya el Montezuma la habia visto), y vereis el temor que dello tienen esos ídolos que os tienen engañados." A semejantes palabras, dos sacerdotes presentes se mostraron indignados, y el monarca mismo medio enojado contestó: "Señor Malinche, si tal deshonra como has dicho creyera que habiais de decir, no te mostrará mis dioses; a estos tenemos por muy buenos, y ellos dan salud y aguas y buenas sementeras, é temporales é vitorias, y cuanto queremos, é tenemoslos de adorar y sacrificar. Lo que os ruego es, que no se digan otras palabras en su deshonra." Mirando el sesgo tomado por la conversacion, el general saludó, diciendo con alegre cara: "Hora es que V. M. y nosotros nos yamos." Motecuhzoma replicó, se quedaba aún para aplacar á los dioses por el gran pecado cometido en enseñar sus númenes á los extrajeros. "Pues que así es, dijo entonces D. Hernando, perdónese señor;" y mientras los blancos descendían del teocalli para dirigirse á su cuartel, el monarca se metió al santuario á desagrayar á sus dioses. (1)

(1) Bernal Díaz, cap. XCII.—Herrera, déc. II, lib. VIII, cap. I.—Torquemada

Para la práctica de su culto, los castellanos, dentro del alojamiento, formaron con mesas un altar en el cual se decía la misa. Cortés envió á rogar á Motecuhzoma, con Marina y el paje Ortegulla, le diese licencia para poner capilla en una sala, y albañiles y artífices al intento; consintió en ambas cosas, de manera que á cabo de tres días estaba terminado el oratorio con su altar y puesta una gran cruz delante del edificio. En aquel altar tuvo lugar en lo de adelante el sacrificio, "hasta que se acabó el vino; que como Cortés y otros capitanes y el fraile estuvieron malos cuando las guerras de Tlaxcalla, dieron prisa al vino que teníamos para misas." (1) Los soldados hacían oracion delante de las imágenes, ó bien se arrodillaban delante de la cruz, sobre todo al Ave María. La cruz no hería la susceptibilidad religiosa de los méxica, pues era la insignia de Quetzalcoatl.

Buscando el lugar más á propósito para levantar el altar, el carpintero Alonso Yañez, vió sobre una pared la señal de una puerta tapiada y bien disimulada; como era sabido entre los castellanos que en aquel palacio estaba encerrado el tesoro de Axayacatl, Yañez comunicó sus sospechas á los capitanes Juan Velázquez de Leon y Diego Francisco de Lugo, quienes á su vez lo comunicaron á Cortés. Destrozada aquella parte del muro, encontraron una puerta estrecha, la cual daba entrada á una espaciosa sala; en el centro había un gran monton de oro y piedras preciosas, de tanto tamaño, que un hombre bien alto no se distinguía al otro lado, colgaban de las paredes rodela y armaduras de rica y fina hechura; arrimados á los muros había fardos sin cuento de ricas mantas, rimeros de platos de oro, vasijas de diferentes hechuras y cuatro platonos tamaños de una rodela de preciadas labores, todo cubierto de polvo cual si hubiera muchos años que en ello no se pusiése mano (2) Era un inmenso tesoro cual nunca la imaginacion soñó ni en los li-

lib. IV, cap. XLVIII.—La mayor parte de los autores, Prescott inclusive, admiten haber sido esta visita al templo mayor de México. El teocalli, visto entonces por los castellanos, fué el de Tlatelolco; así expresamente lo afirma Bernal Díaz, en los capítulos XCI, XCII y CLXXXV. Confirma lo que la plaza del gran mercado no estaba junto al teocalli de Tenochtitlan, sino del de Tlatelolco; el haber salido Cortés á caballo, etc. Véase García Icazbalceta, Diálogos de Cervantes, pág. 201.

(1) Bernal Díaz, cap. XCII.  
(2) P. Duran, Segunda parte, cap. LXXIII. MS.

bros de caballería: aquello, con lo adquirido en los pueblos del tránsito y las copiosas dádivas de Motecuhzoma, habría sobrado para enriquecer al ejército. "É como yo lo vi, digo que me admiré, é como en aquel tiempo era mancebo y no había visto en mi vida riquezas como aquellas, tuve por cierto que en el mundo no debiera haber otras tantas." (1) Cortés mandó poner la puerta como estaba, ordenando ninguno se atreviera á tocarla.

Segun otra version, el mismo D. Hernando descubrió la puerta tapiada, la mandó abrir y dió con varios aposentos, en los cuales estaba guardado el tesoro de Axayacatl y de otros reyes azteca, perteneciente el todo, ya al estado, ya á los dioses. Algunos dias despues, ya cuando Motecuhzoma estaba preso en el cuartel de los castellanos, se le acercó Cortés y le dijo: "Estos cristianos son traviesos, é andado por esta casa han topado ahí cierta cantidad de oro, é la han tomado; no recibais de ello pena." é el dijo liberalmente: "Eso es de los dioses deste pueblo: dejad las plumas é cosas que no sean de oro, y el oro tomaó slo, é yo os daré todo lo que yo tenga; porque habeis de saber que de tiempo inmemorial á esta parte, tienen mis antecesores por cierto, é así se platicaba é platica entre ellos de los que hoy vivimos, que cierta generacion de donde nosotros descendimos, vino á esta tierra muy lejos de aquí, é vinieron en navíos, é estos se fueron desde á cierto tiempo, é nos dejaron poblados, y dijeron que volvieren, é siempre hemos creido que en algun tiempo habian de venir á nos mandar y señorear; é esto han siempre afirmado nuestros dioses é nuestros adevinos, é yo creo que agora se cumple: quiero os tener por señor, é así haré que os tengan todos mis vasallos é súbditos á mi poder." (2)

Aunque de distinto género, hicieron despues otro hallazgo. Engolosinados con lo del tesoro, no dejaron rincon en que no buscaran y trastornaran, hasta descubrir una entrada secreta de la vivienda en que estaban recogidas las mozas consagradas al templo, con cargo de cuidar el fuego perpétuo: fueran estas doncellas, especie de vestales, ó las mujeres de Motecuhzoma recogidas á la sazón ahí, la comunicacion así entablada fué contra la continencia. (3)

(1) Bernal Díaz, cap. XCIII.

(2) Relac. de Andrés de Tapia, apud García Icazbalceta, tom. 2, pág. 580.

(3) P. Durán, cap. LXXIII. MS.

Todos los dias transcurridos desde la entrada de los blancos, fueron de visitas hechas por los nobles, mútuas cortesías con Motecuhzoma, y una vida satisfecha, pues nada les faltaba para las comodidades de la vida. (1) Al dia siguiente al de la ida al templo de Tlatelolco, Cortés reunió en consejo á los cuatro capitanes de su mayor confianza, Juan Velázquez de Leon, Diego de Ordaz, Gonzalo de Sandoval y Pedro de Alvarado, con más doce de los soldados distinguidos, entre ellos Bernal Díaz: el general tenía formado su proyecto, mas como siempre, aparentaba acomodarse á la opinion ajena, á fin de no ser sólo en la responsabilidad, caso de haberla. En la junta se adoptó calorosamente la resolución de apoderarse de la persona de Motecuhzoma. Las razones determinantes eran los dichos repetidos de los aliados, principalmente de los tlaxcalteca, acusando de perfidia á los méxica, quienes aconsejados por su dios Huitzilopochtli, habían permitido la entrada de los blancos en la ciudad, para poderlos aquí destruir más fácilmente; no había seguridad alguna acerca de las intenciones de Motecuhzoma, pues si hasta entónces se había mostrado como amigo, podría variar de sentimientos tornándose en poderoso enemigo; la ciudad era fuerte, cercada por todas partes de agua, sobraría con alzar las puentes, quitar las comunicaciones, para quedar completamente aislados, sin poder recibir auxilios de Tlaxcalla, ni de ninguna parte; inmenso era el número de los contrarios y ellos pocos, de manera que en caso de guerra no se podrían valer fácilmente, ademas, teniendo en su poder al emperador azteca, adquirirían la completa seguridad personal que al presente les faltaba, salvaban de esta manera sus vidas y los tesoros hasta entónces reunidos, aumentarían éstos, pues los países sujetos á México, obedecerían de buen grado y acudirían con el tributo, y finalmente, caso de guerra, tenían en su poder rehenes sagrados para librarlos de un conflicto. (2) Estas y otras más razones ocurrieron á los de la junta, si muy valederas tratándose de la conveniencia, insuficientes en demasía, vistas por el lado de la gratitud y de la justicia.

La dificultad del caso consistía en tomar la persona del emperador en su propio palacio y en medio de su corte, sin que aquel ape-

(1) Cartas de relac. pág. 84.

(2) Cartas de relac. pág. 84.—Bernal Díaz, cap. XCIII.

llidara á sus guerreros, y tomando los ciudadanos las armas, comenzara la guerra que á todo trance se pretendía evitar. Sabían, es verdad, que la etiqueta retenía casi aislado al monarca en sus retirados aposentos; pero al salir á los patios ó en las calles podía traslucirse la verdad y comenzar el alboroto. Quedó concertado definitivamente, "con buenas palabras sacalle de su sala y traello á nuestros aposentos y decille que ha de estar preso; que si se alterase ó diese voces, que lo pagará su persona." (1) El plan era arriesgado, aunque expeditivo.

Tan sin fundamento justificado se emprendía el paso, que para engañar la propia conciencia, ó para darle visos de un hecho motivado, D. Hernando buscó un pretexto, siquiera especioso y traído de lejos. Este le suministró la muerte de Juan de Escalante. (2) Como recordaremos, este capitán había quedado en la Villa Rica, con ciento cincuenta de los soldados ménos útiles, entendiéndose en la construcción de la fortaleza y á la mira de cuanto por el mar se presentara. Poco despues de internados los castellanos rumbo á México, Cuauhpopoca, señor mexicano, jefe de la guarnición imperial de Nauhtlan, envió mensajeros á Escalante, diciéndole, deseaba darle la obediencia; pero teniendo que atravesar tierras de enemigos y no queriendo de ellos ser ofendido, le enviara cuatro españoles para servirle de salvaguardia en el camino. Envíole el capitán los cuatro hombres, mas cuando Cuauhpopoca les tuvo en las manos, fingiendo no ser él autor, mandó darles muerte, pereciendo solamente dos, pues los otros dos huyeron heridos á las montañas. Sabedor de aquella perfidia, Escalante salió de la Villa Rica con cincuenta castellanos, dos de á caballo, dos tirillos de artillería y ocho ó diez mil aliados; se dirigió á Nauhtla, derrotó á los enemigos, quemó y destruyó la población, en tanto Cuauhpopoca y los señores sus parciales se salvaron por medio de la fuga. De los prisioneros tomados en Nauhtla, supo Escalante, como Motecuhzoma había dado orden á Cuauhpopoca y á los demas señores, para que luego que los castellanos dejaran la Villa Rica, fuesen sobre los pueblos rebeldes para reducirlos á la obediencia, poniendo todos los medios para ma-

(1) Bernal Díaz, cap. XCIII.

(2) Cartas de relac. pág. 84.—Gomara, Crón. cap. LXXXIII, dice acerca de esto: "la ocasion y achaque que para ello tuvo fué la muerte" &c.

tar á los castellanos. Tal es la relación del hecho por D. Hernando, quien dice haber recibido la noticia por carta del capitán, estando aun en la ciudad de Cholollan. (1) No sabemos atinar en la manera puesta en práctica por Escalante para darse cuenta de la verdad de los acontecimientos, careciendo, como carecía, de intérpretes totonacas y nahoas.

Encontramos otra versión distinta. (2) Cuauhpopoca, jefe de la guarnición mexicana de Nauhtla y Tochpan, (3) exigió bastimentos y pidió el tributo á los pueblos comarcanos; ambas cosas rehusaron los rebeldes totonaca, diciendo estar ya sujetos á los castellanos, y como tales quedar exentos de pagar pecho á México; insistió en su demanda el jefe imperial, añadiendo la amenaza, caso de resistencia, de venir á destruir las poblaciones. Intimidados los totonaca, ocurrieron con su queja á Juan de Escalante, quien envió mensajeros á los mexicana para intimidarles, no hicieran ofensa á los pueblos sus aliados. Cuauhpopoca despreció el mandamiento, refutando á los castellanos para el campo de batalla. Escalante salió á campaña con dos tiros pequeños, tres ballesteros, dos escopeteros, cuarenta peones de los más sanos y unos dos mil totonaca; al cuarto del alba dió con los mexicana en un pueblo que á la sazón estaban robando, trabándose una récia pelea; al primer encuentro, los aliados se pusieron en fuga dejando solos á los castellanos, mas éstos pelearon muy bravamente hasta desbaratar á los mexicana, tomar á Nauhtla, quemarla y destruirla. La victoria costó cara; Escalante salió mal herido, le mataron su caballo, y otros seis castellanos fueron igualmente lastimados. El capitán permaneció poco tiempo en Nauhtla, retornando en seguida á la Villa Rica.

En la batalla, los mexicana cogieron vivo á un Argüello, natural de Leon, quien traído para México, murió en el camino, de las heridas; cortáronle la cabeza, y ésta trajeron á enseñar al emperador. El castellano tenía la cabeza grande, el pelo y las barbas negras y crespas, el gesto saúdo, y con la palidez y contracción de la muerte y las manchas de sangre, el despojo era feo é infundía miedo.

(1) Cartas de relac. pág. 82-84.

(2) Bernal Díaz, cap. XCIV.—Herrera, déc. II, lib. VIII, cap. I.—Torquemada, lib. IV, cap. XLVIII.

(3) Nauhtla, hoy llamada por los castellanos Almería. Tuzapan de Bernal Díaz y Tochpan, ahora Tuzpan: ambos en el actual Estado de Veracruz.